

Rodriguez de Baeza, é Fernan Ruiz de Mendoza, é Fernando de Busto, é con ellos otros Escuderos que podrian ser todos hasta cincuenta; é juntáronse todos, é fueron contra los Moros, diciendo: ¡Santiago, Santiago! á ellos, que fuyen!; é algunos de los Moros comenzaron á fuir, é allí murieron dellos doce, é los Moros iban volviendo sobre los Christianos. E Don Enrique con los que con él estaban, pasó del Salado, de manera que los Moros volvieron á fuir. E todavía recrecia gente, hasta que los llevaron en fuida hasta el monte que dicen de Lope Alvarez, é tomaron un moro ladino, del qual supieron que cerca de allí estaban bien quinientos de caballo moros é mas de dos mil peones; é por eso los Christianos se hubieron de retraher hermosamente á la batalla donde venia el Conde Don Fadrique. E la batalla del Conde Don Fadrique tornó por alcanzar los Moros, los quales salieron de la celada é pelearon con él, é plugo á nuestro Señor que los Moros fueron vencidos, é murieron dellos de caballo é de pié bien docientos. E allí mataron el caballo á Don Enrique, é dióle otro un Escudero natural de Baeza. E hubieron los Christianos el despojo de los Moros, ciento é veinte azemilas é veinte caballos, é perdieron ahí los Christianos bien treinta caballos. E vencida esta batalla, el Conde se tornó á Porcuna. E los otros Moros que fueron contra la torre de los Alarabes, hubieron sabiduría dellos Alonso Tenorio, Adelantado de Cazorla, é Juan Quedada, Señor de Villagarcía, é Gonzalo Ruiz de Sosa que estaban en Martos, los quales acordaron de ir á ver los Moros, aferrados como corredores con hasta ciento de caballo; é llegando al Salado, habían embiado diez de caballo que descubriesen la tierra, é hallaron los setecientos de caballo Moros que estaban en guarda del Real, los quales lo hicieron saber al Adelantado é á los otros Caballeros que con él estaban. Y esto sabido, los Christianos que vieron travesar los Moros que habían ido contra la torre de los Alarabes, acordaron de ir á mirar qué gente era; é yendo así por el camino, encontraron con el Comendador mayor de Calatrava, que venia con hasta quarenta de caballo, é juntáronse todos, é fueron pelear con los Moros. E plugo á nuestro Señor que los Christianos fueron vencedores, é los Moros fueron desbaratados, é los Christianos siguieron el alcance hasta el Salado, donde murieron hasta cient Moros de caballo é de pié, é fueron tomados diez á vida, é hubieron dellos sesenta caballos, é muchas azemilas, é mucho despojo, é de los Christianos no murió ende ninguno. E fué gran maravilla que de todos los tropeles que entraron por tres partes de los Moros en un dia y en una hora entre Nona é Vísperas, todos fueron desbaratados, é muchos dellos muertos y presos. E así los dichos Caballeros se volvieron á Martos mucho alegres é victoriosos. E desde que el Rey de Granada vido que donde quiera que sus Moros iban eran desbaratados é muertos, aunque no era llegada toda la gente de los Christianos, é que juntándose todos podían recibir mas daño y deshonra,

acordó de se alzar de sobre Alcábalte. E luego otro dia jueves de mañana antes que amaneciese, mandó tañer sus añafiles, y embió todo el fardaje delante con la gente de pié con hasta dos mil de caballo, é quedó él en la reguarda con toda la otra gente, é así tomó su camino para Alcalá la Real. E Don Alonso Fernandez, Señor de Aguilar que ende estaba, embió hasta ciento de caballo á escaramuzar con los Moros que pasaban cerca de la villa, en que murieron algunos dellos. E segun los Moros venian cansados, y muy flacos los caballos, si Christianos de refresco vinieran, no fuera maravilla que el Rey de Granada fuera desbaratado. E así el Rey se pasó para Granada con poca honra é con asaz pérdida de su gente. Y en esta entrada se halla que perdió el Rey de Granada mas de dos mil é quinientos Moros.

CAPÍTULO V.

De como algunos desleales servidores que al Infante desamaban daban á entender á la Reyna que no era tanto como se decia.

E como quiera que cada dia la Reyna y el Infante habían nuevas del Andalucía, é sabían quel Rey de Granada estaba sobre Alcábalte, los que poco deseaban la honra del Infante daban á entender á la Reyna que no era tanto quanto se decia, é que Alcábalte no era lugar que así lo pudiesen los Moros tomar. E como quiera que el Infante trabajaba quanto podia porque se remediase, aprovechábase poco. E los Caballeros del Andalucía que allí estaban, é algunos de los Procuradores, hicieron un requerimiento por escrito á la Reyna é al Infante diciendo: que ya sabían quantos dias había quel Rey de Granada con todo su poder estaba sobre Alcábalte, lo qual era muy gran verguenza del Rey, é suya, é de los Grandes destes Reynos; por ende, que les suplicaban é requirían que luego embiasen Capitanes con tanta gente, que pudiesen resistir al Rey de Granada, porque estando el Andalucía con tan poca gente quanta estaba, podia ser de se perder una gran parte della, de lo qual se podia seguir daño tan grande, que no se pudiese jamas reparar, lo qual seria á gran culpa é cargo suyo; é porque ellos no querían ser culpantes en este caso, les requerían que sin tardanza alguna pusiesen en obra lo por ellos requerido. E la Reyna é los del su Consejo con verguenza deste requerimiento ordenaron que los Maestres y el Condestable, é Don Pero Ponce y el Adelantado Perafan é Pero Lopez de Ayala con mil é quinientas lanzas fuesen á la frontera, é con la gente que allá estaba bastaria para defender el Andalucía; é que para este año se ordenasen los fronteros que eran menester, que en tanto se aparejarían dineros é pan é todos los pertrechos que eran menester para comenzar la guerra del año siguiente. E sobre esto si se debía hacer la guerra en este año, ó poner fronteros, había muy grandes debates en presencia de la Reyna é del Infante. Y el Infante porfiaba mucho que todavía la

guerra se hiciese, é daba para ello muchas razones; é los que no habían voluntad de la guerra, estorbábanla quanto podían. Y el Infante porfiaba que luego fuesen apercebidos los que con él habían de ir, para que en todo el mes de Abril fuesen con él en Córdoba, é desde allí él quería entrar en tierra de Moros; é de Castilla él no entendía llevar mas de tres mil lanzas, é con los Caballeros que estaban en las fronteras, é con veinte mil peones, los doce mil del Andalucía, é ocho mil de Castilla, entendía con el ayuda de Dios, de hacer la guerra al Rey de Granada, y entrar por su tierra haciendo mal é daño, talándoles los panes é viñas é huertas é olivares; é si los enemigos á él saliesen, con el ayuda de Dios nuestro Señor é del Apostol Santiago, los entendía vencer é desbaratar; é daba muy grandes razones porque todavía la guerra se hiciese. E los que la no deseaban, quanto mas oían que esto placía al Infante, tanto mas lo contradecían, é daban para ello tantas razones quantas podían. E por mucho que el Infante porfió, todavía se concluyó que pusiesen fronteros, é la guerra por este año cesase, y en tanto se buscasen dineros é todas las otras cosas necesarias para hacer la guerra en el año siguiente.

CAPÍTULO VI.

De como se acordó de poner fronteros, é dexar la guerra por este año.

Esto así acordado, la Reyna y el Infante mandaron llamar los Procuradores, é les dixerón como por este año era acordado de poner fronteros, é que la guerra quedase para el año venidero, é que ya sabían como les habían otorgado sesenta cuentos para este año, é que mirando la buena voluntad que habían al servicio del Rey é suyo, les placía de se contentar con que repartiesen agora los cincuenta cuentos, é que fuese con condicion que si mas hubiesen menester, sin llamar Procuradores, pudiesen repartir los otros diez cuentos. Lo qual los Procuradores les tuvieron en señalada merced, é otorgaron la condicion suso dicha.

CAPÍTULO VII.

De la entrada que Garcífernandez Manrique hizo en tierra de Moros.

En este tiempo estaba por frontero en Xerez Garcífernandez Manrique con poderes del Rey para que todos los lugares desa comarca que hiciesen su mandado, é hubo nuevas que muchos Moros de caballo se ayuntaban para entrar contra Medina, y él acordó de venir allí con la gente de Xerez é Bejer é Rota y el Puerto é Sanlúcar, en que juntó hasta ochocientos hombres de armas é ginetes, y estuvo allí esperando si los Moros vernían para pelear con ellos; é temiendo que por aventura entrarían por otra parte, mandó alzar todos los ganados de la tierra, é los Moros no entraron. Y él acordó de entrar en su tierra, é partió de Medina

á veinte é cinco dias de Hebrero, é hizo correr á Estepona la Vieja y Estepona la Nueva é á Gibraltar é á Casares hasta Marbella. E mató desta entrada en el campo hasta setenta Moros, é traxo presos veinte é cinco, é hubo tres mil vacas, é hasta ciento é cincuenta yeguas é rocines, é seis mil ovejas; é como les hizo grande agua, crecieron tanto los rios que no pudieron pasar las ovejas, é mandólas matar, é pasó las yeguas é vacas. E fué certificado de los Moros que prendió, que era fama quel Rey de Granada se venia á Gibraltar, por se ver con el Rey de Belamarin é se concertar con él. Y en esta entrada fueron con Garcí Fernandez Manrique, Rodrigalvarez de la Serva, é Gonzalo Lopez é Pero Ruiz sus hermanos, que eran muy buenos caballeros, é trabajaron muy bien en ella.

CAPÍTULO VIII.

De la entrada que hizo en tierra de Moros Fernan Gutierrez de Vallecillo, Alcayde de Zahara.

Despues desto, estando Alonso Fernandez Melgarejo en Zahara por Alcayde, acordó de embiar á Fernan Rodriguez de Vallecillo, su Alcayde, con cincuenta de caballo é hasta ochenta peones, por sacar cierto ganado que fué certificado que estaba en termino de Grazalema. E Fernan Rodriguez embió veinte de caballo por corredores, y él quedó en una celada con toda la gente. E los Moros hubieron sabiduría de la entrada destes, é juntáronse de los lugares dende cerca, hasta ochenta de caballo é docientos peones; é los Moros vinieron á pelear con los corredores; é los corredores mostraron que volían huyendo hasta meter los Moros en la celada. E allí los Christianos salieron, é los Moros fueron desbaratados, é fueron dellos muertos veinte é seis, é presos quinze. E de los Christianos murieron cinco, é fueron feridos quinze. E los Christianos cargaron sus muertos é viniéronse con ellos, é con los Moros que traían captivos á Zahara; é vendieron el despojo que ende hubieron por quarenta mil maravedis.

CAPÍTULO IX.

De la victoria que Fernan Darias de Sayavedra, Alcayde de Cañete, hubo de los Moros.

En este mismo tiempo, estando Fernan Darias de Sayavedra por Alcayde en Cañete, vinieron ahí algunos Caballeros christianos sus amigos á le ver, é acordaron que pues allí estaban, que debían ir á correr á Ronda; é quisieron saber qué gente eran, é hallaron veinte é nueve hombres de armas é treinta é siete ginetes, los quales partieron de Cañete jueves á quinze dias de Marzo, é llegaron todos al Mercadillo de Ronda; é Fernan Darias con la gente de armas quedó allí, é mandó á los ginetes que fuesen correr á Ronda é que matasen todos los Moros que hallasen en el campo. E los ginetes hicieronlo así, é mataron bien treinta Moros peones en vista de Fernan Darias, el qual se juntó con los corredores, é hizo llegar el ganado que serían hasta

trecientas vacas é bueyes é yeguas, é hasta dos mil ovejas. E tanto que fueron con su cavalgada hasta media legua, vieron venir contra ellos al Alcayde de Ronda á mas andar, con hasta docientos de caballo é hasta mil peones. E quando Fernan Darias vido que los Moros venian cerca, mandó á diez y seis de caballo ginetes que anduviesen con la cavalgada quanto pudiesen, y él se quedó con los cincuenta de caballo, yendo su paso á paso empos de su cavalgada; é como Fernan Darias vido que los Moros se acercaban mucho, los quales traian dos pendones, el uno vermejo con una vanda de oro, y el otro blanco con un Sol é una Luna, hecho un tropel de su gente, volvió el rostro contra los Moros. E como los Moros vieron que los Christianos atendian, estuvieron quedos. Y en tanto que los Christianos é los Moros estaban así, la cavalgada anduvo tanto que llegó en par de Setenil. E desde que los Christianos conocieron que su cavalgada estaba lexos, comenzaron andar muy paso á paso hasta que alcanzaron su cavalgada; é los Moros iban todo el dia empos dellos. E como llegaron cerca de Setenil, salió dende el Alcayde con quinze de caballo, é tomóles delantera. E como Fernan Darias vido que no se podia excusar la pelea, juntóse con los suyos, y esforzólos mucho diciendo que como quiera que los Moros eran muchos, mayor era el poder de Dios, é que muchas veces habia acaecido pocos Christianos vencer muchos Moros, é así esperaba en Dios que seria aquel dia, é los que aquí murieron salvaran sus ánimas: por eso con buen esfuerzo todos demos en los Moros. E todos juntos fueron dar en los Moros de caballo, é de tal manera firieron en ellos, que de la primera entrada cayeron bien quarenta Moros en el suelo, é luego los otros comenzaron á huir; é los Christianos fueron en el alcance hasta los meter por la puerta de Setenil. E fueron muertos en este alcance bien cien Moros; é los Christianos tomaron su cavalgada é viniéronse con ella á Cañete muy alegres é victoriosos, sin perder ningun Christiano, donde dieron muy grandes gracias á Dios; é allí vendieron su cavalgada, é dieron parte della á nuestra Señora é á Santiago, á los quales llamaron por ayudadores en esta pelea.

CAPÍTULO X.

De como se otorgó tregua á los Moros por ocho meses.

En este tiempo vinieron embaxadores del Rey de Granada á la Reyna é al Infante, sobre lo qual hubieron su consejo con los Grandes que ende estaban é con los Procuradores, é despues de muchas altercaciones, hallóse que era muy bien otorgarles la tregua por ocho meses, é así les fué otorgada, porque en esto se seguian grandes provechos al Rey é al Reyno, así para haber tiempo de se fornecer de todo lo necesario para el año venidero, como para no hacer tan gran cosa en las fronteras como de necesidad se habia de hacer quedando la guerra abierta. Y esto acordado, dixerón á los Procu-

radores que ya sabian como estaba acordado que se repartiessen por el Reyno cincuenta cuentos para hacer la guerra, é que les parecia que luego se debian repartir é coger, é se debian poner en depósito en una fortaleza, porque estuviesen ciertos para pagar el sueldo é para las otras cosas necesarias para la guerra del año venidero. E los Procuradores respondieron que querian ver en ello, é que responderian su parecer; los quales se juntaron, é hubo entrellos grandes debates porque algunos decian que no era razon que los cincuenta cuentos se cogiesen pues la guerra no se hacia; é los otros decian que la guerra no se podia bien hacer en el año venidero, si en este año no se cogian. E dadas muchas razones por los unos é por los otros, acordaron de suplicar á la Reyna é al Infante que se cogiesen en este año los quarenta cuentos, é los diez en el año venidero. E á la Reyna é al Infante plugo que así se hiciese. E con todo eso los que desamaban al Infante ponian en voluntad á la Reyna que se trabajase como la tregua fuese por mas tiempo, diciendo quel Infante con la guerra se hacia muy grande, é tenia todos los Caballeros á su mandar, é que tanto quanto crecia el poder del Infante, tanto se amenguaba el suyo, é que no era razon que ella lo sufriese, pues era madre del Rey; é con estas cosas turbaban la voluntad de la Reyna, é las cosas no se hacian como debian. E quando quiera que el Infante decia alguna cosa en la administracion de los Reynos, luego ge la contradecian, é lo que un dia quedaba acordado, luego otro lo desvariaban. Y el Infante se maravillaba mucho dello, é no podia saber ciertamente quien daba tan malos consejos á la Reyna, como quiera que algo presumia donde nascia esta discordia; y con todo eso disimulaba, é llevaba su camino derecho, procurando siempre el servicio del Rey é de la Reyna y el bien destos Reynos.

CAPÍTULO XI.

De la entrada que Garcifernandez Manrique hizo en tierra de Moros, é se hubo de volver sin hacer cosa alguna, por las cartas que de las treguas le llevaron.

Estando como dicho es Garcifernandez Manrique por frontero en Xerez, miercoles (1) quatro dias de Abril, le vinieron nuevas quel Alcayde de Mofarres estaba en la torre que dicen de la Horra con dos mil de caballo é veinte cinco mil hombres de pié, para entrar en tierra de Christianos; é luego que esta nueva supo, escribió á Sevilla haciéndogelo saber, é pidiéndoles que le embiasen toda la gente que pudiesen, porque con ella é con la que él podia haber, entendia de les resistir la entrada; é que él, con la gente de Xerez é de los otros lugares de la comarca, se partian para Medina, é que allí esperarían los Caballeros de Sevilla, porque todos juntos podiesen hacer servicio al Rey, é defender su tierra de los enemigos. E vistas las cartas en Sevilla

(1) En el original decia *Martes*, debiendo decir *Miercoles*.

de Garcifernandez Manrique, acordaron de le embiar por servicio del Rey á Lope Ortiz Destúñiga, Alcalde mayor de Sevilla, con docientos de caballo, el qual fué derechamente á Medina, donde halló á Garcifernandez Manrique con Xerez é con todos los lugares otros de la comarca; é allí hubieron su acuerdo de embiar á la torre de la Horra por saber si los Moros estaban allí, é hallaron que en esedia eran dende partidos é no sabian para donde; é á la media noche hicieron almenaras en Bejer, é sus señales como eran entrados muchos Caballeros Moros á correr la tierra; é luego Garcifernandez Manrique é Lope Ortiz cavalgaron, é con ellos todos los Concejos que ende estaban, é hallaron que los Moros habian robado el campo é llevado quatro hatos de vacas; é fueron empos dellos hasta un lugar que dicen el Puerto del Celemin, que es á cinco leguas de Medina. E desde que los Moros vieron á los Christianos, dexaron la cavalgada, é fuéronse huyendo quanto pudieron á su tierra. E como los Christianos no los pudieron alcanzar, volviéronse á Medina, é llegando allí, vino á Garcifernandez un Adalid, el qual le certificó que tenia concertado como pudiese tomar á Castellar; é Garcifernandez con este ardid partió con toda la gente por ir escalar á Castellar, é llegó á una breña que se dice Valverde, que es á dos leguas de Castellar, é tuvo ende el dia pensando poder esa noche escalar el lugar. E salieron seis Moros de Castellar por ir á vallestear en aquel monte, é vieron toda la gente, é fuéronlo hacer saber al lugar lo mas presto que pudieron. E como Garcifernandez vido que eran descubiertos, acordó que pues allí estaban, era bien de correr la tierra de los Moros. Y estando en este acuerdo, llegaron cartas de la Reyna y del Infante haciéndole saber como la tregua era asentada por ocho meses con el Rey de Granada é con su Reyno, mandándole que la guardase; é por eso él se hubo de volver á Xerez sin mas hacer. En este tiempo, en viernes once dias de Mayo de mil é quatrocientos y ocho años, murió en el Alhambra el Rey Mahomad de Granada.

CAPÍTULO XII.

De como se supo la muerte del Rey de Granada, é como habian alzado por Rey á un hermano suyo llamado Yucef.

E luego los Moros embiaron por un hermano suyo que llamaban Yucef, que estaba preso en Salobrefia, é alzáronlo por Rey. E de la muerte deste Rey de Granada nunca supieron los Christianos hasta veinte dias de Mayo. E Don Alonso Hernandez, Alcayde de Alcalá la Real, lo hizo saber, por quanto este Rey Yucef ge lo habia escrito por sus cartas, escribiéndole asimesmo que embiaba al Rey de Castilla sus cartas con Audalla Alemin, haciéndole saber la muerte del Rey su hermano, é diciéndole que le pluguiese de tener con él la tregua, en la forma que la tenia asentada con su hermano el Rey Mahomad. Lo qual Garcifernandez embió luego decir á todos los Alcaydes de la frontera,

emiándoles rogar que guardasen la tregua, hasta haber mandado de la Reyna é del Infante de lo que debian hacer.

CAPÍTULO XIII.

De como despues de la tregua el Conde Don Fadrique se vino de la frontera.

E á esta causa el Conde Don Fadrique se vino de la frontera, é halló á la Reyna é al Infante en Guadalaxara; é como supo las maneras que con el Infante se tenian, díxole: «Señor, mucho soy de vos maravillado en querer sufrir las cosas que me dicen que sufris é pasais, disimulando con algunos que sabeis que os desaman, los quales, Señor, si vos castigádes, hariades en ello servicio á Dios, é al Rey mi señor, é á la Reyna, é los hechos andarian en otra manera de lo que andan; é si vos, Señor, podeis ser certificado quien son los que en esto andan, si vos, Señor, lo mandades, quien quiera que sean, yo los prenderé.» E hubo quien dixo á Juan de Velasco é Diego Lopez de Estúñiga estas palabras. E luego otro dia Juan de Velasco é Diego Lopez cavalgaron con poca gente, diciendo que iban á hablar al campo; é fuéronse á Hita con temor que hubieron del Infante, é desde allá le embiaron decir que ellos se habian partido porque les habian certificado que él estaba dellos mal informado, diciendo que ellos eran causa de la discordia que habia entre la Reyna y el Infante.

CAPÍTULO XIV.

De como Juan de Velasco é Diego Lopez Destúñiga se partieron de la Corte, y del enojo que la Reyna dello hubo.

Desde que la Reyna supo que Juan de Velasco é Diego Lopez eran así partidos, hubo dello muy grande enojo; é si antes habia desavenencia entre la Reyna y el Infante, mucho mas la hubo despues de la partida destos. E acaeció en este tiempo que hubo ruido entre dos mozos, el uno de Rodrigo de Perea, y el otro de Diego Perez Sarmiento, á causa de los quales salieron gente armada de casa de Rodrigo de Perea, é otros de casa de Diego Perez Sarmiento; é fué tal el ruido, que murieron ocho hombres, é fueron muchos feridos; é Diego Perez Sarmiento hubo de salir á la pelea, é fué herido de una lanza por el pescuezo. E como lo supieron el Almirante Don Alonso Enriquez que era su tio, y el Conde Don Fadrique su primo, é les dixerón que era muerto Diego Perez Sarmiento, armáronse con su gente, é fueron á la posada de Rodrigo de Perea por lo matar. E desde él supo que venian estos Señores, fué huyendo por encima de las paredes á la posada del Maestre de Santiago Don Lorenzo Suarez, el qual estaba flaco en la cama. E desde el Almirante y el Conde supieron que Rodrigo de Perea era ido á la posada del Maestre, fueron allá, é salieron algunos de la posada del Maestre por defender la puerta, entre los quales salió un sobrino suyo, é fué luego muerto; é duró tanto la pelea,

que fueron ende muchos heridos. E acaeció esto en martes diez y nueve dias del mes de Junio del dicho año. Y el Infante desde que lo supo, hubo dello muy grande enojo, é quiso ir allá. E la Reyna le embió á decir que por cosa del mundo no fuese allá; y embió mandar á Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, que fuese luego á despartir el ruido, el qual lo hizo así, é trabajó tanto, que se despartió. Y el Maestre de Santiago quedó muy enojado, así por la muerte de su sobrino, como por la injuria que habia recebido en le combatir su casa. E luego quel ruido fué despartido, el Infante cavalgó por lo sosegar é contentar, y el Maestre se le quejó mucho del mal é de la deshonra que ende habia recebido; y el Infante le habló muy dulcemente, diciendo quanto sentimiento tenia de lo pasado, é que esto se habia hecho porque habian certificado al Almirante á al Conde Don Fadrique que Diego Perez Sarmiento era muerto por Rodrigo de Perea, é que se habia venido á su casa, é por esto no se debía tanto maravillarse de lo acaecido; é con esto el Maestre quedó algun tanto mas sosegado. Y el Infante embió decir á la Reyna, que estas cosas acaescian por el desacuerdo é desavenencia que entre ellos habia, é que otros muchos mayores males se esperaban por esta causa, é que le suplicaba é pedia por merced que por servicio de Dios y del Rey le pluguiese que se viesen, porque él queria hablar con Su Señoría largamente, é mostrarle cuan mal consejo tenia; é acordóse que la vispera de Sant Juan de Junio, la Reyna y el Infante se viesen en el Alcázar, donde apartadamente ambos á dos hablaron muy largamente, y el Infante le dixo quanto deservicio hacian á Dios é al Rey é á ella los que buscaban discordia entre ellos, por lo qual la justicia perescia, é todos los hechos de los Reynos se perdian, é donde ellos habian de ser temidos no lo eran, é habian de necesidad de sufrir lo que no era razon; por ende, que le suplicaba que los que esta discordia buscaban queriendo buscar sus intereses, no les fuese dado lugar. E con esta habla quedaron concertados é acordados, é ordenaron que se hiciesen entre ellos ciertos capítulos para la concordia suya é bien del Reyno, lo qual duró muy poco, porque los que procuraban la discordia decian á la Reyna que no firmase aquellos capítulos hasta que el Infante diese primero su carta de seguro, firmada de su nombre, é sellada con su sello, á Juan de Velasco é á Diego Lopez de Estúñiga. Y esto se hacia por avivar mas la discordia entre la Reyna y el Infante, la qual con sana voluntad creyendo que le decian bien, embió decir al Infante que diese su carta de seguro á los dichos Juan de Velasco é Diego Lopez. Y el Infante respondió que no era razon de él dar tal carta, porque Juan de Velasco é Diego Lopez no le habian hecho cosa por que ellos debiesen haber miedo, ni él les hubiese de dar seguro, ni él tenia dellos tal sentimiento por que tuviesen razon de demandar su seguro. E así quando el Infante pensó que estaba acordado con la Reyna, halló que las cosas estaban

mas dañadas que ante, é que ninguna cosa se ponía en obra de quanto con ella habia acordado. Y el Infante acordó de embiar por los del Consejo del Rey, á los quales dixo todas estas cosas é muchas mas, é les rogó afectuosamente que hablasen con la Reyna é le diesen á entender quanto deservicio rescibia en creer algunos que le daban mal consejo é trabajaban como ella estuviese siempre en discordia con el Infante, é á esta causa ellos ganan con Su Señoría, y el Reyno totalmente se destruye. Y ellos le respondieron: «Señor, si vos no mandais apartar de aquí estos malos consejos que la Reyna tiene, nunca cosa de bien se hará.» E como quiera que los del Consejo hablaron con la Reyna, todavía las cosas quedaron no bien soldadas entre la Reyna y el Infante.

CAPÍTULO XV.

De como vinieron nuevas á la Reyna que el Maestre de Alcántara (1) era muerto.

Estando así en las Cortes de Guadaluza, vinieron nuevas á la Reyna é al Infante como Don Fernan Rodriguez de Villalobos, Maestre de Alcántara, era finado, é como los Comendadores de la Orden estaban en discordia, porque los unos daban sus voces al Clavero, é los otros al Comendador mayor. E como el Infante esto supo, embió por Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, que era mucho suyo, é dixole: «Obispo, ya vos vedes como mis hijos van creciendo, é segun la naturaleza que en estos Reynos tienen, seria razon que fuesen en ellos heredados; é veo que las villas é lugares que los Reyes antepasados solian dar para heredar á los tales, son dados á los Ricos-Hombres é Caballeros, é veo que no queda que dar. E para que el Rey los hubiese de sostener con los dineros de sus rentas segun sus estados, seria gran daño de los Reynos; por ende, he pensado de los heredar lo mas sin pecado que ser pueda. E pues gracias á Dios tengo cinco hijos, é dos hijas, é cada dia espero de haber mas segun la edad de la Infanta, mi muger, razones que comience buscar donde se hereden, pues ya no queda que dar sino los lugares que son de la Corona Real. E sabeis como la Señora Reyna, mi hermana, é yo juramos como Tutores de no enagenar cosa alguna del Señorío del Rey mi señor é mi sobrino, é pensé que pues esta eleccion del Maestrazgo de Alcántara está en discordia, seria bien de lo procurar para Don Sancho mi hijo; é si él lo ha, yo tengo determinado que hasta que él sea de edad, todo lo que el Maestrazgo rindiere se gaste en la guerra de los Moros.» A lo qual el Obispo respondió: «Señor, yo he bien conocido la loable intencion que vos mueve á querer este Maestrazgo para el Señor Don Sancho vuestro hijo, é veo que las razones que á ello dais son muy justas é buenas, y es muy gran razon que el Señor Don Sancho sea heredado en estos Reynos, como otros,

(1) Calatrava decia en la impresion de Logroño.

lo son que no han en ellos tanta naturaleza; é pues vos Señor quereis consentir que él sea Frayle por servicio de Dios, é por excusar á las costas del Reyno que se seguirian si el Rey le hubiese de dar el mantenimiento que convenia, á mi parece que se debe procurar por la mejor via que ser pueda, é debeis luego mandar escribir á cada uno de los Comendadores, rogándoles que le den sus voces, é le quieran elegir por Maestre; é asimesmo escribais luego á nuestro Señor el Papa suplicándole dispense con su edad, para que pueda haber este Maestrazgo, é confirme su eleccion.» E luego el Infante mandó embiar por su Chanciller, é mandóle que supiese quantos eran los Comendadores, é hizo escribir para cada uno su carta de creencia, con las quales luego partiese. Y el Chanciller lo puso en obra, é partió de Guadaluza sábado á veinte y ocho dias de Abril. E luego el Infante escribió asimesmo para el Sancto Padre. Y el Chanciller llegó á Alcántara, é halló todos los Comendadores juntos, que eran ende venidos para elegir Maestre, é

dió á cada uno dellos la carta que del Infante le llevaba, y explicó su creencia. E cada uno dellos respondió que tenia dada su voz, los unos al Clavero, los otros al Comendador mayor, é otros decian que entendian elegir Maestre con Dios é con orden, é que al Infante placiera que así fuese. E así el Chanciller ninguna cosa halló de lo que deseaba; salvo en el Comendador mayor que le dixo que era cierto que los mas de los Comendadores le habian dado sus voces, é si lo eligiesen, que él se iria para el Infante é ponia el Maestrazgo en sus manos para que dél hiciese lo que le pluguiese; é si no fuese elegido, que él daria su voz al Señor Don Sancho é las que él tenia de los otros Comendadores. E luego el Chanciller escribió al Infante la forma que en las cosas estaba. E como quiera que hubo muy gran discordia entre los Comendadores por la eleccion del Maestre, el Comendador mayor tuvo tal forma, como Don Sancho hubiese el Maestrazgo, é así lo hubo. Y el Sancto Padre ge lo confirmó, é dispensó con él, porque no habia mas de ocho años.

AÑO TERCERO.

1409.

E despues desto, en miércoles veinte y tres dias de Enero del año del Señor de mil y quatrocientos é nueve años, el Rey Don Juan, é la Reyna su madre, y el Infante Don Fernando, é sus hijos Don Alonso é Don Juan é Don Sancho, y el Almirante Don Alonso Enriquez, é muchos Perlados, é Condes é Ricos-Hombres y Caballeros, estando todos en el Monesterio de San Pablo, é todos los Comendadores de la Orden de Alcántara, rescibieron por Maestre á Don Sancho, hijo del Infante, é hicieron todos los auctos acostumbrados de se hacer quando nuevamente hacen Maestre, é diéronle los pendones, é besáronle la mano.

CAPÍTULO PRIMERO.

De como el Infante dió la tenencia del Castillo de Priego á Alonso de las Casas.

E con todos los trabajos que el Infante tenia, no dexaba de pensar en las cosas del Andalucía, é acordábase de como Garcia de Herrera dexara á Priego é á las Cuevas, é que estaban despobladas, de que se podia seguir gran daño en el Andalucía, é acordó de poblar aquellos lugares. E como esto supo Alonso de las Casas, hijo de Guillen de las Casas,

el qual era hombre cabdaloso é pensaba de tener bien á Priego, acordó demandar la tenencia del al Infante, é al Infante plugo dello, é dióle la tenencia con paga é sueldo para ciertos hombres de caballo é de pie, é mandóle que luego se partiese para Sevilla, é de allí llevase albañiles é pedreros é peones los que menester fuesen para reparar é adobar la villa, en tal manera que él la pudiese bien tener, é dióle cartas muy fuertes del Rey para Sevilla é para Ecija, mandándoles que le ayudasen para todo lo que menester hubiese, hasta que el lugar estuviese tal, que se bien pudiese defender de los Moros. Y estando así en Sevilla aderezando todas las cosas que le cumplan, adoleció de tal manera que fuéle forzado de se detener; é porque el Infante no rescibiese enojo, acordó de embiar á tomar la posesion de Priego á Juan Lopez de Orvaneja, vecino de Marchena, é dióle poder, y embió con él diez de caballo, é setenta hombres de pie lanceros, y ochenta vallesteros, é se partieron de Sevilla en dos de Setiembre del dicho año, é llegaron á Priego á seis dias del dicho mes; y entre los otros que este Alcayde allí llevó, iba un Almocaden que llamaban Fernan Sanchez que habia seydo Moro, y era hombre entendido. E como los hombres